

# Ernst Jünger: una vida entre capítulos

*En ‘Los titanes venideros’, Ernst Jünger, a punto de cumplir los cien años, conversa con el periodista Antonio Gnoli y el filósofo Franco Volpi, dando muestra de una sabiduría a contracorriente que no se rebaja a polemizar.*

MANUEL ARRANZ

ERNST JÜNGER, *LOS TITANES VENIDEROS, IDEARIO ÚLTIMO*, RECOGIDO POR ANTONIO GNOLI Y FRANCO VOLPI, TRADUCCIÓN DE ATILIO PENTIMALLI, BARCELONA, PÁGINA INDÓMITA, 2016.

“Un escritor que se respete a sí mismo vive junto a su sociedad.”

“La resistencia espiritual no es suficiente. Hay que contraatacar.”

E. Jünger, *Los titanes venideros*

“Con el siglo XXI entraremos en una nueva era de los titanes, que se caracterizará por la liberación de una inmensa cantidad de energía. Pienso sobre todo en la energía atómica, pero

también en toda la energía que sería necesario producir para satisfacer las necesidades de una población en constante crecimiento. El planeta se verá sometido a una aceleración a la que la humanidad tendrá que adaptarse transformándose a sí misma.” (*Los titanes venideros*, pág. 117.)

*Los titanes venideros*, subtítulo *ideario último*, recoge tres conversaciones que el periodista Antonio Gnoli y el filósofo Franco Volpi mantuvieron con Ernst Jünger durante el año 1995 (marzo y octubre), a punto por tanto de cumplirse su centenario. “Las conversaciones se desarrollaron según la marcha libre e imprevisible de la asociación, sin estar enjauladas en una serie de preguntas preparadas con anterioridad.” Y tal como transcurrieron se publican. Una conversación amistosa y distendida. Tal vez por eso sus páginas destilan una sabiduría a contracorriente que no se rebaja a polemizar. Jünger, al que nunca le gustaron las entrevistas, no trata ya de convencer a nadie. “No es necesaria una convergencia de puntos de vista, que con frecuencia es incluso una desventaja.” (pág. 133.)

Jünger fue un testigo de excepción del siglo XX, tópico éste que se repite con demasiada frecuencia de tantos otros pensadores, pero que en su caso es indiscutible. No sólo porque su larga vida (1895-1998) abarcó todo el siglo, tomando parte en las dos guerras que cambiarían el mundo de arriba abajo dos veces, sino porque su obra, particularmente sus soberbias memorias (*Radiaciones I y II* y *Pasados los setenta I y II*), pero también sus fulgurantes y polémicos ensayos, e incluso su obra narrativa, son quizás la expresión y la interpretación más acabada del siglo, uno de los siglos sin duda más trágicos de la historia de la humanidad. Como observó certeramente Heidegger tras la lectura de *La movilización total* y de *El trabajador*, Jünger se dio cuenta muy pronto de que el nihilismo imperante de la época era algo más que una moda pasajera, era “el problema fundamental del mundo contemporáneo”, era en realidad la filosofía del

futuro, de nuestro presente por tanto. En estas conversaciones nos habla algo de sus libros, algo más de sus lecturas y de sus amigos, y casi nada de sus enemigos. Jünger publica su primera obra (*Tempestades de acero*, 1920) con apenas 20 años. El libro narra sus experiencias durante la Primera Guerra y tiene un éxito inmediato. *Tempestades de acero*, obra primera y primeriza como dice su traductor al castellano, Andrés Sánchez Pascual, fue corregida y revisada varias veces por su autor (la sexta en 1961), hasta el punto de que “puede decirse que en su versión actual y definitiva no hay una sola frase que no haya sido revisada y mejorada”.<sup>1</sup> Gracias a su éxito, y seguramente también a la personalidad de su autor, Jünger llegó a conocer y frecuentar a las más diversas celebridades de la época. En la segunda y tercera conversación de este ideario último nos recuerda su amistad con Alfred Kubin, Niekisch, Carl Schmitt, Ernst von Salomon, o Heidegger, entre otros muchos. Habla también de los escritores franceses a los que conoció en el París ocupado, de las diferencias profundas entre las dos guerras, de sus filósofos y autores favoritos, Schopenhauer, Nietzsche, Spengler, Tocqueville, Léon Bloy, y particularmente de sus amigos, Mircea Eliade, Carl Schmitt o Martin Heidegger, de quien destaca su especial magnetismo personal, “la apremiante evidencia de un interrogar que atrae y convence al interlocutor”. (pág. 59.)

Veamos algunos de los temas recurrentes de estas últimas conversaciones.

### LA TÉCNICA NO ES SÓLO UN PROBLEMA TÉCNICO

*La razón práctica en medio de su depotenciación técnica*, es un lúcido texto en el que Franco Volpi analiza las causas de la crisis de la modernidad, incluido en el libro misceláneo *Junto a Jünger*<sup>2</sup>, que arranca con esta ya clásica pregunta: “¿Qué tiene aún que

decir hoy la filosofía acerca de la orientación humana? ¿Puede hoy, en la época de la ciencia y de la técnica, pretender constituirse en el saber capaz de ofrecernos puntos de referencia para orientar nuestra acción?” La respuesta, instintiva, refleja, inmediata, es no, rotundamente no. Ni siquiera lo pretende ya.

Que la técnica va por delante del pensamiento es una obviedad constatada hace tiempo. Lo que empezamos a ver ahora son las consecuencias de algo que parecía iba a resolver todos los problemas de la humanidad, y se ha convertido en su principal problema. De manera que lo que era una solución ha pasado a ser el problema, pues si por un lado el hombre ha llegado a depender tanto de la técnica que no puede vivir sin ella, por otro una vida tecnificada se parece cada vez menos a una vida humana. El único consuelo que nos queda es que al habernos olvidado de lo que era una vida humana hemos dejado de añorarla.

Hace tiempo que el hombre es consciente de que el progreso de la técnica tiene poco que ver con el pensamiento, de que son “camino que se bifurcan”, como decía Borges, pero que no llevan al mismo sitio, y también es posible que no partan del mismo sitio. Sin embargo, ¿puede la filosofía renunciar a pensar la técnica y abandonarla a los tecnócratas? ¿O es la técnica un asunto tan importante del que, como se dice de la política que no debería abandonarse a los políticos, tampoco debería abandonarse a los tecnócratas? En el fondo tal vez todo se reduzca a un problema de herramientas. Todo ha llegado a depender de la técnica. Incluso la ciencia depende hoy de la técnica que ha sabido invertir sus papeles. Si la técnica empezó limitándose a hacer posible la aplicabilidad práctica de los descubrimientos científicos, hoy en cambio es el motor, la condición de posibilidad, de esos mismos descubrimientos, sin consideración en principio de su aplicabilidad práctica. Primero inventamos, o “desarrollamos”, un artilugio, una sustancia, un procedimiento, y luego ya veremos qué utilidad le podemos dar. Y si no hay ninguna necesidad que satisfacer a la vista, no pasará mucho

<sup>1</sup> Jünger, Ernst, *Tempestades de acero*, trad. de Andrés Sánchez Pascual, Barcelona, Tusquets, 1987, pág. XI.

<sup>2</sup> *Junto a Jünger*, Ignacio Castro (ed.), con textos de Vincenzo Vitiello, Félix Duque, Jorge Alemán-Sergio Larriera, Andrés Sánchez Pascual, Ignacio Castro, José Luis Molinuevo y Franco Volpi, Madrid, Cruce ediciones, 1996.

tiempo sin que la técnica la haya creado a su vez. Porque lo que caracteriza a esta nueva época que nos ha tocado vivir no es la aparición de un pensamiento nuevo, sino la aparición de una realidad nueva que seguimos pensando con un pensamiento viejo.

Jünger vio muy pronto todo esto y lo expuso en una de sus obras más controvertidas e incomprensibles: *El trabajador*, una obra de 1932, en la que diagnosticaba certeramente su época y pronosticaba la venidera. Obra que sigue siendo todavía un punto de referencia para la meditación sobre la técnica y sus efectos y consecuencias en la vida del hombre. En ella podemos leer, recordemos que estamos en 1932, la siguiente frase: “En todos los sitios donde el ser humano cae bajo la jurisdicción de la técnica se ve confrontado a una alternativa ineludible. O bien acepta los medios peculiares de la técnica y habla su lenguaje, o bien perece. Pero cuando alguien acepta esos medios, entonces se convierte, y esto es muy importante, no sólo en el sujeto de los procesos técnicos, sino al mismo tiempo en su objeto. El empleo de los medios comporta un estilo de vida enteramente determinado, que se extiende tanto a las cosas grandes como a las cosas menudas del vivir.”<sup>3</sup> La técnica ha roto sus cadenas y ya sólo depende de sí misma, al mismo tiempo que todo depende de ella. Adiós por tanto al pensamiento humanista. Adiós a los fines últimos del hombre. Adiós a su dimensión sagrada. Adiós incluso a la moral. La obra de Jünger, particularmente sus ensayos, con *El trabajador* (1932) a la cabeza, pero sin olvidar *La paz* (1941), *El dolor* (1934), *Sobre la línea* (1950), *La emboscadura* (1951), o *La tijera* (1990) piensa esta encrucijada del hombre contemporáneo presa en sus propias e insolubles contradicciones, que finalmente no le han servido para avanzar (todo avance supone siempre algún paso atrás) por la senda del progreso y el conocimiento, como inicialmente se las prometía, sino para perderse irremisiblemente y definitivamente. Pero esto no

parece importar ya a nadie. “Llega más lejos quien no sabe adonde va.”

### EL TRABAJADOR Y EL ANARCA

Figuras emblemáticas de la reflexión jüngeriana sobre la técnica y el mundo contemporáneo, o más exactamente sobre la transformación tecnológica del mundo, que ha superado todas sus previsiones. Transformación que va más allá de toda la cacharrería tecnológica y afecta a todos los comportamientos humanos, a la cultura, al lenguaje, a las emociones, y, en última instancia, a la conciencia. Figuras no siempre comprendidas, el Trabajador nada tiene que ver con el proletario, sino que es “una especie de figura prometeica” que “posee una carácter casi metafísico”, o como él mismo escribía en el prólogo a la primera edición de *El trabajador*: “una magnitud operativa que ha incidido ya de un modo poderoso en la historia y está determinando imperativamente las formas de un mundo que ha experimentado modificaciones”.<sup>4</sup> Y en cuanto al Anarca, el gran solitario, Jünger lo define como “aquel que no se deja implicar en la dimensión de la técnica: se vale de ella y la explota si le resulta útil, de lo contrario la ignora y se retira a su mundo interior, el mundo de sus lecturas” (pág. 63). Es fácil por tanto, después de leer esta definición, identificar a Jünger con el Anarca. “El Anarca conoce y evalúa bien el mundo en que se encuentra y tiene capacidad para retirarse de él cuando le parezca” (pág. 63). Precisamente en 1950 Jünger se retiró a vivir a Wilflingen (donde tienen lugar las conversaciones), un poblado de la Alta Suabia a pocos kilómetros de la Selva Negra donde se quedaría definitivamente hasta su muerte en 1998. Lejos por tanto de las urbes cosmopolitas en las que había vivido hasta entonces, bien podría decirse que se “emboscó”, en el sentido que da a esta palabra en su ensayo de 1952 precisamente, *La emboscadura*.

<sup>3</sup>Jünger, Ernst, *El trabajador*, trad. de Andrés Sánchez Pascual, Barcelona, Tusquets, 1990, pág. 156.

<sup>4</sup>Jünger, Ernst, *El trabajador*, opág. cit. pág. 15.

Pero del mismo modo que no hay que confundir al Trabajador con el proletario, tampoco hay que confundir al Anarca con el anarquista, quien mantiene con la sociedad una relación negativa, mientras que la relación que mantiene el Anarca es sobre todo crítica.

### DUDA Y DOLOR

Tarde o temprano el hombre las encuentra en su camino. Son las dos pruebas ineludibles, y sólo “retirándose al bosque”, “es decir, a su propio interior”, puede afrontarlas. En el afrontamiento, en la confrontación consigo mismo, en el reconocimiento de la inevitable angustia, está su única posibilidad de salvación, de victoria. Pero ese reconocimiento nunca es un reconocimiento pasivo, una asunción de nuestra condición humana, lo que no andaría muy lejos de la resignación cristiana, sino un “planteamiento”, una “elección” en una situación en la que aparentemente ya no queda elección. Y esa elección Jünger la define una vez más como el acto de “emboscarse”, acto que no debe confundirse con una huida del mundo, sino que es más bien un aislarse del mundo en el mundo. En la emboscadura se dan la mano la necesidad y la libertad en un mundo en el que la catástrofe es la probabilidad más probable. “La catástrofe es una de las pruebas que nos toca soportar.”<sup>5</sup> Y de la catástrofe no nos librarán los dioses ni los Estados, estos más bien la desencadenarán, sino las personas humildes y sencillas que han sabido resistir a los cantos de sirena de la propaganda.

### EL ESTADO MUNDIAL

Otra de las ideas fuertes y de gran actualidad de Jünger, esbozada ya en su ensayo de 1941 *Sobre la paz*, y desarrollada posteriormente en un texto de mismo título *El Estado mundial: Organización y organización* (1960), es la idea de El Estado mundial, idea

adelantada ya por *La paz perpetua* de Kant. Pero si Kant concebía el Estado mundial como una federación de Estados, para Jünger en cambio “dicho Estado sancionará en el plano político la globalización ya encarrilada de la técnica y de la economía planetarias” (pág. 74). Y añade: “Incluso sin eliminar los Estados nacionales, el Estado mundial absorberá el poder principal de estos.” Tendríamos por tanto que preguntarnos si hoy estamos más cerca de la idea de Kant o de la de Jünger. Y Jünger termina: “La técnica, en tanto que fenómeno universal, cosmopolita, que lleva inexorablemente a la globalización, prepara el Estado mundial, es más, en cierta medida ya lo ha realizado. El Estado mundial es su correlato político.” (pág. 74-75).

No obstante Jünger no concibe el Estado mundial en términos políticos sino filosóficos. No como una idea realizable a corto plazo, y ni siquiera a largo plazo, sino como una “idea límite” que marca una dirección, un “principio regulador” cuyo único sentido, o último sentido, sería resolver los conflictos reales entre Estados. “Las consignas que convencen son las mismas: la paz, la libertad, la democracia.”<sup>6</sup> Pero, cabría preguntarse, ¿significan hoy lo mismo estas palabras? ¿Designan las mismas realidades? ¿Son hoy siquiera realidades compatibles entre sí? “Por encima de todo debe conservarse la ilusión de libertad”.

### ACCIÓN Y CONTEMPLACIÓN

Aunque Jünger lo plantee como un dilema, no lo es en realidad y no lo ha sido nunca. Acción y contemplación son las dos caras de la misma moneda, y en su caso concreto dejó constancia de ello en muchos pasajes de su obra, como el célebre pasaje del 27 de mayo de 1944 en que contempla un bombardeo de París desde la azotea del hotel Raphaël con una copa de Borgoña en la mano (*Segundo diario de París*, en: *Radiaciones II*), por el que fue acusado de “esteticismo cínico”, a lo que él responde:

<sup>5</sup>Jünger, Ernst, *La paz, seguido de El nudo gordiano, El Estado mundial y Alocución en Verdún*, trad. de Andrés Sánchez Pascual, Barcelona, Tusquets, 1996, pág. 181.

<sup>7</sup>Jünger, Ernst, *Radiaciones II*, trad. de Andrés Sánchez Pascual, Barcelona, Tusquets, 1992, pág. 249-250.

<sup>5</sup>Jünger, Ernst, *La emboscadura*, trad. de Andrés Sánchez Pascual, Barcelona, Tusquets, 1988, pág. 93.

“No era cinismo, era una defensa estética frente al miedo a la muerte. La escena de guerra se había transfigurado para mí en espectáculo.” (pág. 88). El aventurero, el héroe de guerra, el hombre que ha viajado por medio mundo y vivido un siglo, confiesa sin embargo al final de su vida: “A veces tengo la sensación de haber vivido más intensamente entre los libros que entre los sucesos de este mi siglo, la sensación de no haber ido de Berlín a París, sino de un capítulo a otro.” (pág. 84).

Pero, ¿qué libros, qué autores leía Jünger asiduamente? El *Orlando furioso* de Ariosto le acompañó ya durante la Primera Guerra Mundial y lo siguió leyendo siempre, el *Fausto* de Goethe, Fontane, *Los miserables* de Victor Hugo, la Biblia (“un libro extraordinariamente rico, que cuento entre los clásicos sublimes de la literatura universal”), Hesse, Léon Bloy, Gide, Karl Kraus, el *Diario* de Drieu, “he concebido mi vida como la vida de un lector antes que como la de un soldado.” Aunque participara directamente en ambas guerras, de la Primera dice que fue actor, mientras que de la Segunda un simple espectador. En realidad, pues en ambas fue las dos cosas como sabemos, lo que quiere decir, y lo que dice de diferentes maneras, es que mientras en la Primera uno se podía identificar con sus ideales (patria, heroísmo, sacrificio), en la Segunda esto ya no era posible. El mundo no puede ya seguir pensándose como se lo pensaba en el siglo XIX, y ni siquiera en el XX. El mundo hoy es radicalmente distinto al de nuestros padres, es otro mundo, y cualquier comparación histórica es incongruente. “Nos estamos acercando al caos.” “Aunque uno no se implique en visiones apocalípticas, no se puede dejar de percibir la situación de pobreza. Es una pobreza planetaria, debida al hecho de que determinada forma de existencia parece haber entrado en crisis.” (pág. 108). Pero considerar la visión jüngeriana del mundo como una simple visión apocalíptica más de nuestro imaginario contemporáneo sería malentenderla y subestimarla a la vez,

sería retirarle todo su poder trágico y realista, toda su energía, toda su fuerza de choque, toda su seducción.

“A veces, en los días soleados, me entretengo haciendo pompas de jabón que el viento lleva entre las plantas y las flores. Son para mí una imagen simbólica de la fugacidad, de la inasible belleza.” (pág. 138).



MANUEL ARRANZ ES ESCRITOR Y TRADUCTOR. AUTOR DEL LIBRO DE ENSAYOS *YA NO HABLAMOS DE LO MISMO. DIVAGACIONES SOBRE EL VUELO DE LOS BÚHOS Y EL ARTE DE TOCAR LA FLAUTA* Y DE LA NOVELA *PORNOGRAFÍA*.